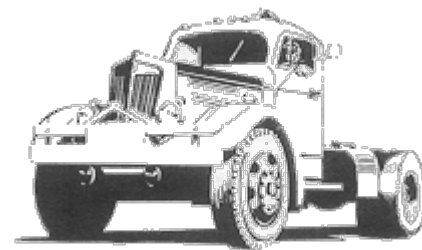


# LUIS Y EL CAMIÓN GRANDE

Por *Roselyn Edwards*

EN UN tiempo la casa de Luis había estado en el campo. El no podía recordarlo muy bien, pero se lo había oído decir a sus padres. Ahora la ciudad estaba creciendo rápidamente, y los campos iban desapareciendo. Se estaban construyendo casas en el vecindario, y hasta algunas tiendas y almacenes. En la esquina, casi al lado de la casa de Luis, había una nueva estación de servicio.

Desde el patio de su casa, Luis podía observar el movimiento che la estación. Le gustaba ver el gran camión de remolque cuando salía a atender una llamada, y a veces lo veía regresar remolcando un automóvil chocado. Miraba también los automóviles y los camiones que llegaban para comprar gasolina o para reparar algún desperfecto del motor. Le hubiera gustado acercarse para ver cómo los hombres arreglaban los motores, pero tenía instrucciones de no salir de su propio patio.



Un día vio que llegaba a la estación un camión muy extraño. En realidad era un camión que sólo tenía el motor y la cabina. No estaba acoplado a ningún remolque. Y por esa razón parecía muy alto y extraño. Luis sintió unos deseos enormes de ir a mirarlo más de cerca.

Pensó en pedirle permiso a la mamá para hacerlo, pero estaba seguro de que ella no se lo daría.

Entonces se le ocurrió otra idea. No le daría a la mamá oportunidad de negarle el permiso, sino que saldría sin pedirselo. Iría a ver el camión, y volvería antes de que ella lo echara de menos.

Salió corriendo por el portón y se dirigió hacia el camión. El conductor lo había estacionado cerca de la estación de servicio. Luis quería mirarlo bien antes de que el conductor regresara y se lo llevara.

Cuanto más se acercaba al camión, tanto más enorme le parecía. No le cabía duda de que manejar un camión como ése sería muy divertido. ¿Qué sensación le daría ir en ese enorme camión?

Mientras lo miraba cuidadosamente, Luis notó que el conductor no había cerrado con llave la puerta, de modo que la abrió para mirar adentro.

Entonces se le ocurrió subir a la cabina. No le resultó muy fácil llegar al estribo, pero finalmente logró sentarse en el interior.

¡Ahora sí que se sentía alto! Desde allí veía perfectamente todos los autos estacionados a su alrededor. Y también alcanzó a ver su propio patio.

En eso notó otra cosa. Detrás del asiento había un espacio que parecía una cama. Y hasta había allí una bolsa de dormir extendida. Luis se trepó a la litera, y se acostó para probarla. Era angosta, pero bastante cómoda.

En ese momento la puerta del camión comenzó a abrirse y él oyó la voz clara y potente de un hombre. Se imaginó que sería el conductor que se estaría despidiendo del empleado que atendía la estación de servicio. ¿Qué pensaría él cuando subiera a su camión y encontrara allí a alguien?

Luis se deslizó hacia atrás tanto como pudo para ocultarse. Luego tiró de la bolsa de dormir, y se cubrió. Tenía la esperanza de que el conductor no se diera cuenta de su presencia.

Y efectivamente, él no lo notó. Se acomodó en el asiento, puso en marcha el motor, retrocedió, y salió. Por unos instantes Luis se sentía muy feliz. El conductor no se había dado cuenta de su presencia, y él estaba viajando realmente en el gran camión. Entonces lo asaltó un pensamiento. Si se iba en el gran camión, ¿cómo regresaría a la casa? Quizás debía llamar al conductor para que se detuviera y lo dejara bajar. Pero en ese caso el conductor se enteraría de que estaba allí y podría enojarse. Luis sabía muy bien que no era muy cortés subir sin permiso al automóvil o al camión de otra persona.

El conductor hizo un cambio, y luego otro cambio, y cada vez que hacía un cambio, el camión parecía marchar más rápido. Si el camión iba cada vez más rápido, entonces Luis se estaba alejando cada vez más de la casa. No sabía qué hacer.

"Jesús puede ayudarme -pensó Luis. Cerrando los ojos, oró en voz baja. 'Te ruego que me ayudes a llegar a casa'

Mientras esperaba, algo pareció decirle que debía hacer saber inmediatamente al conductor que él estaba allí. Tenía mucho miedo de hacerlo, pero salió de su rincón. El conductor levantó la vista y miró en el espejo retrovisor, y allí se encontró con Luis que lo estaba mirando en el espejo.

-¡Hola! ¿Qué es esto? -dijo el hombre, e inmediatamente aplicó los frenos e hizo los cambios, y el camión bajó la velocidad-. ¿De dónde saliste? -le preguntó a Luis.

Luis comenzó a llorar.

-Yo sólo subí al camión para mirarlo.

-¿En la estación de servicio?

-Sí -sollozó Luis, y se pasó las mangas por el rostro para enjugarse las lágrimas.

-Bueno, no llores -dijo el hombre-. Pensaremos en alguna forma de llevarte a tu casa. ¿Tiene un auto tu mamá?

-Sí -respondió Luis casi sollozando.

Ahora el camión marchaba muy lentamente y Luis vio que el conductor estaba por ir a otra estación de servicio.

-La llamaremos para que venga a buscarte -dijo el conductor-. ¿Sabes el número de tu teléfono?

Luis no lo pudo recordar y comenzó a llorar de nuevo.

-No importa -dijo el hombre-. ¿Cómo te llamas? Llamaré a aquella estación y ellos pueden ir a avisar a tu mamá.

Luis esperó en el camión y el hombre fue al teléfono. Luego regresó sonriendo.

-Tu mamá estará aquí dentro de diez o quince minutos -dijo subiendo de nuevo a la cabina. Ahora quizás quieras que te muestre cómo marcha esto.

De modo que comenzó a explicarle a Luis para qué servían los botones y las palancas que allí había. Era tan interesante que Luis se olvidó de llorar y antes de que se diera cuenta, el automóvil de la mamá se estacionó junto al camión.

-Ahora, si yo estuviera en tu lugar -dijo el conductor del camión-, no iría a dar paseos en camiones, por lo menos hasta que fuera más grande.

-No, no lo haré -prometió Luis, y no lo hizo. Ni tampoco volvió a salir de su patio sin permiso.